

TRIBUTO DE ADMIRACIÓN Y DE CARÍO

DEL

CÍRCULO VALENCIANO DE BUENOS AIRES

AL ILUSTRE LITERATO, PRIMER ENBAJADOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS
EN AMÉRICA

DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Acuerdo de la Comisión Directiva de 21 de Mayo de 1909)



BUENOS AIRES
IMPRENTA DE JUAN A. ALSINA
1422 — CALLE DE MEXICO — 1422
1909

CV/28375

156

TRIBUTO DE ADMIRACIÓN Y DE CARÍÑO

DEL

CÍRCULO VALENCIANO DE BUENOS AIRES

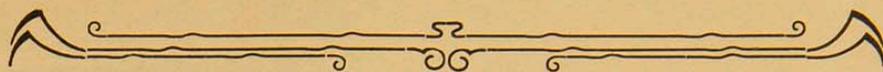
AL ILUSTRE LITERATO, PRIMER ENBAJADOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS
EN AMÉRICA

DON VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Acuerdo de la Comisión Directiva de 21 de Mayo de 1909)



BUENOS AIRES
IMPRESA DE JUAN A. ALSINA
1422 — CALLE DE MEXICO — 1422
1909



El Círculo Valenciano de Buenos Aires, de igual manera que todos los españoles que en esta hidalga tierra residen y del mismo modo que todos los amantes del Arte, de la Belleza y de la Ciencia, se siente regocijado en sus más puros ideales de patriotismo, en sus afectos más sinceros de confraternidad, en sus ardientes deseos de cultura hispana, ante el próximo arribo á estas playas, del gran maestro de las letras que son verbo de nuestro verbo, del creador insigne de la novela universal en nuestra patria, del espíritu atrevido que pasea victorioso por el mundo entero el pabellón de nuestra intelectualidad soberana, del educador, del conductor de pueblos, según la gráfica expresión de un gran pensador contemporáneo, de Vicente Blasco Ibáñez, cuyo nombre mágico trae á nuestra mente las clásicas fiestas de la patria chica, retratadas con la fidelidad del lente fotográfico en «Arroz y Tartana»; las amarguras de los humildes pescadores del Cabañal, tantas veces contemplados en la alegre playa levantina, relatadas con conmovedora palabra en «Flor de Mayo»; las pintorescas y típicas costumbres de la huerta valenciana, con todas sus pasiones y sus virtudes todas, descritas con el vigoroso impulso que presta el genio á sus concepciones, en la magistral novela, arquetipo en su género, «La Barraca»; la existencia enigmática y triste de los habitantes del lago de la Albufera, el más bello de Europa, con sus paisajes inverosímiles, arrancados á la realidad en «Cañas y barro»; la incomparable hermosura de las vegas de Alcira, oliendo á azahares que perfuman las páginas

admirables de «Entre Naranjos» y, ¿á qué seguir? las brillantes campiñas, y las ciudades italianas, y las obscuras costumbres de Turquía y las agitadas regiones que rodean la Sublime Puerta, maravillosamente descritas en «Un viaje á Oriente» y «En el País del Arte»....

Sería impropio del objeto que persigue esta Comisión, seguir al insigne literato en su fecunda labor, en su abundante producción artística, cuando se remonta á sondear el pasado, viviendo escenas que parecen vistas y sentidas, como en «Sónnica la Cortesana», ó cuando analiza el presente y levanta discretamente el velo que nos separa del porvenir, en sus últimos libros de carácter sociológico, por los que desfilan seres de toda condición moral para servir de estímulo saludable al lector con sus abnegaciones sublimes ó de enseñanza provechosa al mostrar sus asquerosas lepras, sus vicios y sus abyecciones.

Queremos aquí presentar á Blasco Ibáñez en uno de sus aspectos más simpáticos, el de educador de un pueblo, el de enamorado del problema cultural, base de toda redención y de todo progreso positivo.

Un miembro de nuestro organismo, Venancio Serrano Clavero, cuyos talentos de escritor y de poeta vibrante, son de todos conocidos y admirados, escribió para el importante diario *La Nación* un bello artículo, en el que estudiaba esta hermosa faz de la vida del autor de «Los muertos mandan».

Los estrechos límites de un trabajo periodístico, no permiten extenderse cuanto merece asunto tan profundamente simpático; pero no obstante, en el que se menciona, su autor ha sabido condensar con tanto acierto los elementos que integran la vida activa en Blasco Ibáñez, que la Comisión Directiva del Círculo Valenciano ha estimado obra de patriotismo darlo á conocer á propios y extraños, contribuyendo en esta forma sencilla á rendir un homenaje de admiración y acendrado cariño al incansable luchador que ha contribuido de tan poderosa manera á la reconstrucción de nuestra cultura, de la admirada cultura del pueblo valenciano, calificado de moderno Atenas, donde florecen, á la par que sus jardines incomparables y sus mujeres ideales, las artes

y las ciencias, simbolizadas por una pléyade de pintores, músicos, escultores, poetas, literatos y hombres de ciencia, que pregonan por el mundo, alzándose un trono de gloria imperecedera, á la ciudad de nuestros amores, á la encantada región de nuestros ensueños, á Valencia, en fin, por la que debemos sentir todos los amores y á la que debemos dedicar todos nuestros desvelos.

Y dicho esto á manera de prólogo, dejamos la palabra, al inspirado autor de «Rebeldías» á nuestro compañero de trabajos Serrano Clavero, que con pluma bien cortada va á pintar la personalidad de Vicente Blasco Ibáñez en su aspecto de reformador moral de Valencia.

LA COMISIÓN DIRECTIVA.

BLASCO IBÁÑEZ

SU OBRA DE CULTURA

El cable, cumpliendo su importante función de nervio intercontinental, nos avisó desde Europa la leve alteración de fecha impuesta á la visita que en viaje de estudio hará á esta república el ilustre novelista valenciano Vicente Blasco Ibáñez, cuyas prometidas conferencias en el Odeón han despertado franca avidez en el alma argentina y natural orgullo en la colectividad española.

El agradable efecto que la noticia produjo en este ambiente americano revelóse en la prensa con esa rápida exactitud de la imagen en la placa fotográfica. Todos los diarios, con espontánea solidaridad, han adelantado su entusiasta aplauso al propósito del cultísimo colaborador de *La Nación*, aceptándole como legítimo embajador de una España joven, en plena expansión amable y generosa de su ciencia y sus progresos presentes.

El nombre de Blasco Ibáñez excusa de por sí officiosas presentaciones. En el campo de la intelectualidad, la figura del insigne novelista ofrécese con enérgicos perfiles, que hacen innecesario el retoque del idealista ni de la obra. Sobre el carácter de ambos han fallado ya gloriosamente los aristarcos europeos y americanos, culminando en la banda de la Legión de Honor francesa la alabanza universal.

No es, pues, la modalidad literaria de Blasco Ibáñez, con deparar ella tan rico espiguelo, la idea propulsora que traza estas líneas. El periodista se propone solamente llevar á este acervo informativo, rutilado por la pluma del docto Acebal, el concepto íntimo que acerca de Blasco ha labrado mi ra-

zón en siete años de fraternal convivencia política y literaria con este brioso colorista del estilo.

El espíritu católico que como tromba arrasadora expulsó del suelo hispano á la raza del Profeta, dejó hondamente afirmada la fe cristiana, cuyo definitivo triunfo proclamaron vetustas catedrales de gigantescos cimborrios, rematados por el férreo signo de la redención humana. Pero al desaparecer de España la morisma, algo muy suyo quedó en ciertas regiones—Andalucía y Valencia principalmente,—algo que, asociándose á la creencia católica, permaneció tan árabe como la propia naturaleza de Mahoma. Valencia, repujada de templos ortodoxos, creyente hasta el fanatismo, ardorosamente devota de Jesús y María, la «Mare dels Desamparats», enardecíase al propio tiempo que con el incienso litúrgico con la pólvora tan amada de los infieles. El «tabalet» y la «dolzaina» de las fiestas moras se asociaron á las procesiones católicas, como si hasta á los instrumentos músicos alcanzasen los efectos de la conversión religiosa. En la calma augusta de la noche, el labriego valenciano, hundiendo sus pies en las aguas fangosas de los arrozales, alterna todavía la estrofa de la Iglesia con las quejumbrosas «albaes», cántiga netamente moruna, sentimental y perezosa. Cabalgando al amanecer, camino de la ciudad, los hombres de la huerta se balancean sobre «l'aca» con igual indolente gentileza que sus desterrados antecesores. La huerta misma, con sus típicas barracas y sus acequias murmurantes, conserva hoy aquél hábil aliño con que la fecundaron las laboriosas manos agarenas. Y ya en la ciudad, el mercado, con sus tenderetes irregulares, protegidos por ondulantes lonas, os traerá á la mente la visión de Fez ó Mazagán... ¡Pueblo pintoresco, pueblo poético, donde la naturaleza y el bautismo se alían y se disocian en constantes manifestaciones!

Por esta razón de origen, Valencia es un pueblo delicadamente artista y soñador. Ignora á Fenicia y ama á Grecia. De ahí su limitado mercantilismo y su culto exaltado á la

belleza. Repasad la historia y os asombrará el número enorme de sus músicos, sus pintores y sus poetas en todas las edades. Positivamente fué la civilización cristiana la que salió ganando con la conquista religiosa de este pueblo arrullado en su infancia por el musiteo misterioso del Korán.

Como cada período de la historia tiene su hombre-compendio, Valencia ha engendrado tras larga gestación su hombre-símbolo, su Verbo artista, en cuya alma fundióse el alma popular, con sus ensueños y sus energías, acumulando en su ser toda la maravillosa dinámica de la idealidad absoluta.

Ese hombre es Blasco Ibáñez.

Sobre su frente se han estrellado todas las tempestades; en sus oídos han silbado todas las flechas de la envidia y del encono; á su espalda han levantado la traición su puñal y la cobardía sus hondas; bajo su planta ha reptileado la víbora de la hipocresía; sobre su nombre ha resbalado, deshaciéndose, el barro de la calle, arrojado por la vileza. . . Y Blasco ha seguido su camino con la gloriosa despreocupación de los seres fuertes, á quienes la propia grandeza sirve de escudo.

No es, con ser tan brillante su mérito literario, el mejor mérito de Blasco Ibáñez. Otros aspectos hay en su personalidad que le elevan á las más altas esferas de la admiración colectiva.

Los cimientos de su reputación son la virtud y el trabajo. A la integridad de sus convicciones, que ha mantenido siempre con firmeza verdaderamente árabe, fué unida su asombrosa laboriosidad. En Blasco se han conjuntado el sabio y el obrero.

Muy joven aun, su figura destacóse vigorosamente de entre la inquieta legión universitaria, abrazando amplios ideales de redención social, á los que pagó frecuente tributo de persecuciones, enjuiciamientos y destierros.

Aspiraba noblemente á ilustrar y perfeccionar al pueblo, infundiendo en su dormido cerebro el deseo de un justo mejoramiento y la noción de sus legítimos derechos por medio de la afición al estudio, brida esta la más conveniente para regir el pensamiento del individuo y la fuerza de las multitudes. Blasco Ibáñez se lanzó á tan meritísimo sacerdocio con el firme entusiasmo del poseído de la verdad, sin que

obstáculos ni contratiempos lograsen debilitar sus fervores de dignificación obrera. Desde la prisión primero, desde París é Italia más tarde, continuó horadando con su pluma, templada como una barrena, la roca secular de la ignorancia. Al volver á la patria redobló sus esfuerzos, arrancando las masas proletarias á la atávica servidumbre y comenzando á transformar al paria en lector, para que el lector se erigiese en ciudadano.

Blasco veía en cada máquina de imprenta la más poderosa catapulta contra el error y el despotismo, y entregaba á las aceitosas mandíbulas de acero del monstruo de la publicidad todo el pan sabroso de su pensamiento creador.

Con el auxilio de unos buenos amigos, el joven maestro fundó un periódico, al que dió el nombre que de derecho le correspondía, *El Pueblo*.

La modesta hoja, fruto de un Quijano moderno, entró en el mar de la opinión pública con más audacia que estabilidad, viéndose frecuentemente en grave riesgo de naufragio. Pero la mano hábil que la dirigía, supo sortear los peligros y afrontar valientemente las borrascas, hasta clavar su proa en la playa risueña del éxito.

Blasco hizo del novel periódico algo así como página diaria de un Evangelio popular, cuyo precio, cinco céntimos, era la declaración de una descarada competencia á los demás diarios que se pregonaban á doble precio y que por esa misma razón comenzaron á perder lectores en igual proporción que los ganaba *El Pueblo*. Resistieron las administraciones, pero al fin tuvieron que capitular, rebajando á la mitad el precio de sus respectivos órganos, vencidos por la revolución económica que en favor del público produjera el acierto de Blasco Ibáñez.

De aquí arranca la sólida obra educativa de este gran maestro de muchedumbres. Él, enamorado de las clases trabajadoras, logró que en las manos callosas la hoja impresa substituyera á la baraja. Su pluma prodigiosa inculcó en las toscas inteligencias de los proletarios la visión de sus derechos cimentados sobre la conciencia de los deberes. La voz del joven apóstol, como semilla sana, fructificó rápidamente en el

campo popular, despertando ansias de dignificación colectiva. En la hora de descanso, el albañil, al pie del andamio, leía ávidamente *El Pueblo*, saciando en la prosa tutelar de Blasco su sed de enseñanzas políticas y sociales. El proletariado abandonó la taberna y se trasladó al local societario, trocando la disputa en discusión, según el austero Pí y Margall recomendara. Y en torno de Blasco Ibáñez se congregó la Valencia productora, preparada convenientemente á la conquista del derecho universal.

El cerebro organizador, al escalar esta su primera positiva altura, tuvo suficiente solidez para substraerse al desvanecimiento que todo éxito produce. Ganado el primer peldaño, Blasco siguió ascendiendo en la penosa escalera de su genial propósito.

Fué entonces cuando lo imprevisto, ese agente mitad providencial, mitad satánico, ofreció una extraña prueba al genio batallador de Blasco Ibáñez. *Lo Rat Penat*, organismo literario de Valencia, cultor devoto del lenguaje lemosín, se apercibió á celebrar sus acostumbrados y fastuosos juegos florales, exquisita fiesta social, donde la aristocracia de la sangre encuentra marco opulento á sus galas y joyas en el soberbio teatro Principal, cuya belleza arquitectónica se mejora con los espléndidos adornos de los artistas valencianos.

La sociedad había nombrado mantenedor al ilustre Pí y Margall, ya citado en este artículo, y el autor de *Las Nacionalidades* había aceptado gustoso tan delicada como honrosa designación.

Mas he aquí que tres días antes del señalado para la brillante solemnidad literaria, el presidente recibe un telegrama del señor Pí avisando que una dolencia le imposibilitaba de acudir á satisfacer el compromiso contraído y que había telegrafiado á Blasco Ibáñez al propio tiempo, pidiéndole que le substituyera en el cargo de mantenedor.

Fácil es suponer la sorpresa y el susto que el papelito azul causaría en el seno de la pacata y pulcra sociedad ratpenatista, constituida en su integridad por elementos pacíficos y conservadores, ante los que la figura de Blasco Ibáñez aparecía rodeada de fulgores revolucionarios. Aquella delegación considerábase una temeridad. En el viejo Pí, aunque repu-

blicano radical y militante, reconocían todos un juicio frío y sereno, que era garantía segura de respeto á la neutralidad literaria del organismo valencianista. Pero Blasco, demagogo, inquieto, significado por sus exaltaciones de principios, representaba un peligro. Lo peor del caso era que decorosamente no se le podía recusar, pues reunía, por literato y por valenciano, cualidades sobradas para obligar á su aceptación en el difícil puesto que una ironía de la suerte le deparaba en la aristocrática ceremonia.

Hubo, pues, que someterse al rigor de los riesgos inexcusables, y haciendo, como por allá se dice, «de tripas corazón», la descorazonada junta visitó al temido propagandista, aceptándose por ambas partes, «con el mayor gusto», la petición del insigne Pí.

Llegó la terrible noche.

Desde los respetables señores de la junta, enfundados gravemente en sus «frac», hasta el miembro más timorato de la burguesía valenciana, un escalofrío de pánico recorría las vértebras. Blasco, acostumbrado al auditorio popular, tomaría seguramente los rumbos peculiares, aprovechando codiciosamente aquella magnífica ocasión para cantar las excelencias de la blusa sobre la corbata blanca. Adivinábase su discurso, feroz, lacerante, sectario, dedicado á la gente de la calle más bien que á la empingorotada concurrencia que llenaba palcos y plateas.

En este ambiente de general recelo, Blasco Ibáñez, vestido de rigurosa etiqueta, avanzó á la severa tribuna. Blasco —vais á confirmar este juicio mío dentro de poco tiempo— ejerce ese misterioso hipnotismo de los grandes genios. La estética y el talento se alían en su figura arrogante, que rememora la de los inspirados oradores griegos. Bajo su frente espaciosa, tras la que arde el pensamiento creador, los ojos soñadores acrecientan la elocuencia arrebatadora de la palabra. La voz, de un timbre suave y acariciador, es tranquila al comienzo de la oración, alcanzando poco á poco la energía viril del hondo sentimiento y vertiéndose al fin en párrafos electrizantes, sonoros, clásicos, de una elegancia verdaderamente ateniense.

El poder sugestivo de Blasco sobre el auditorio es rápido é

inevitable. La palabra fluye de sus labios tan dócilmente ligada al pensamiento, que su misteriosa sublimidad la convierte prontamente en corriente de identidad afectiva, apoderándose con grata tiranía del sentimiento colectivo y latigueando presurosa los agitados corazones que esclaviza.

Así resonó su voz en aquella justa literaria de *Lo Rat Penat*, en que Blasco evidenció su admirable talento. Lejos de incurrir en las vulgaridades partidistas y en la torpeza de caer en sectarismos de la calle, el mantenedor hizo una profunda definición histórica de las fiestas de la inteligencia, escrutando el pasado de las literaturas regionales, comprobando su influencia sobre la suerte de los pueblos y cantando finalmente á la poesía como manifestación de arte y de sentimiento.

Fué tan elevado, tan bellamente justo, de inspiración tan viva y deslumbrante el discurso del mantenedor, que aquellas manos enguantadas que el temor crispaba momentos antes, se juntaron en francas explosiones de admiración y entusiasmo.

Blasco salió del teatro, confirmado maestro en las gayas ciencias por un público ajeno á sus opiniones personales.

Pródigo de su tesoro intelectual, extendió su misión educadora desde el periódico y el club al libro, que ofrecía más perdurabilidad á sus enseñanzas. El editor Sempere alentó su propósito, secundándolo con decidido interés. De la unión de estas dos fuerzas surgió una entidad editorial, conocida hoy en el mundo de las letras con el lema *Arte y Libertad—Biblioteca Sempere*.

El prestigio literario de Blasco Ibáñez fué sólida garantía de la bondad del intento, que pronto se convirtió en empresa próspera y floreciente.

Blasco abarató el libro, produciendo en este comercio la misma revolución que en el periodismo. Gracias á este maestro tenaz, la clase humilde, los trabajadores pudieron obtener las mejores producciones de los pensadores antiguos y contemporáneos. Las traducciones de los autores extranjeros se hacían con severo escrúpulo y eran revisadas y corregidas por Blasco Ibáñez con paternal cariño. La Biblioteca

obtuvo un éxito inmediato y ascendente. ¿Y cómo no, si por el reducidísimo precio de una peseta adquiría el público de España las obras de Daudet, Hugo, Bakounine, Ibsen, Kropotkine, Merimée, Mirbeau, Spencer, Tolstoi, toda la producción más culminante de la literatura y la filosofía de las diversas edades?

No satisfecha aún su ansia educacionista, como si todavía le pareciese escaso este nutritivo alimento intelectual que proporcionaba al pueblo, recomendó á los centros de su partido la creación de escuelas privadas para preparar las nuevas generaciones en el molde transformador de la instrucción, agente eficaz del progreso de los pueblos.

Y que su esfuerzo no era perdido para la ilustración de las masas populares, lo demuestra el siguiente hecho relatado por el propio Blasco Ibáñez, con su pintoresco estilo:

«Cuando Zola era perseguido por tomar la defensa de Dreyfus, inicié un mensaje de consuelo y adhesión, creyendo que sólo lo subscribirían unos cuantos escritores y artistas. ¡Tuve que colocar cuatro mesas con pliegos, y se recogieron treinta y dos mil firmas! Venían las modistillas al salir del taller, los muchachos al abandonar la escuela, los obreros, colgándose del hombro el saquillo de la comida, cogían la pluma con dificultad entre sus dedos callosos; todo un pueblo de humildes, inflamados por el respeto al genio y la admiración al heroísmo. Algunos habían leído novelas de Zola en el folletín de «El Pueblo»; á otros les bastaba saber que era un señor que escribía libros, «un artista» que estaba al lado de los desgraciados y los perseguidos. Y un grupo de encuadernadores encuadernó gratuitamente el mensaje en tapas de marfil; otro las cinceló; un orfebre las puso inscripciones de plata; los pintores adornaron las páginas con acuarelas; las obreritas de tez pálida y ojos orientales metieron flores entre las hojas después de besarlas, y el grande hombre perseguido recibió una mañana, entre los aullidos de muerte de la muchedumbre y los insultos de los periódicos, aquel libro oliendo á jardín, rebotante de entusiasmo y fe: el alma de todo un pueblo que llegaba á sostenerle en la hora triste, el saludo de una ciudad que el novelista tuvo

que buscar en el mapa, y de la que no tenía más noticias que el nombre de las naranjas que se pregonan en el boulevard.

Hoy tal vez el álbum, con su perfume de rosas muertas, yace olvidado en un rincón de Medán, como un pequeño fétetro de marfil que guarda el alma pura de todo un pueblo.

Yo ví lo que escribía un albañil á continuación de su firma, con una sencillez que arrancaba lágrimas: «Don Emilio, cuando no pueda vivir ahí, véngase á Valencia; aquí tiene casa y un amigo. Vivo...» Y escribía las señas de su domicilio con la tranquilidad del que, ganando tres pesetas, aún está dispuesto á partirlas con los que ama.»

Blasco Ibáñez, ante estos resultados de la instrucción, concibió una idea meritísima: ensayar en Valencia la universidad popular, tal como la entienden Max Leclerc y Buisson, y que tiene por objeto la nueva extensión de la enseñanza científica, llevada por la universidad—que sale de su radio propio—al pueblo que trabaja y no puede acudir á ella.

Los excelentes resultados de este sistema en Inglaterra, Bélgica y los Estados Unidos, impulsaron á Blasco á instituirlo en Valencia, y tan ardientemente puso su gigantesca voluntad en esta siembra de cultura, que en breve plazo quedó organizado el plan de las conferencias, á cargo de ilustres profesores oficiales.

La apertura de este curso libre de enseñanza científica presidióla el ilustre catedrático de legislación comparada D. Gumersindo de Azcárate, pronunciando una magnífica oración, inicial de la labor reservada sucesivamente á sabios compañeros suyos.

Por aquella cátedra popular desfilaron figuras tan respetables como el Dr. Luis Simarro, eminente catedrático de psicología experimental; el cultísimo publicista don Luis Morote; el experto profesor de física D. César Santomá; los ilustres doctores, honra del claustro valentino, Gil y Morte, Bartual, Bartrina, Esplugues, Orellano, Castells y otros, poniendo todos la copa de su saber al alcance de los labios del pueblo, cuyo entendimiento se bañó en sublimes claridades minervinas.

Y Blasco, maquinista de este poderoso tren de cultura,

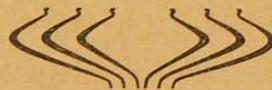
seguía trabajando silenciosamente, ávidamente, multiplicándose en la dirección de un partido y de un periódico, asistiendo al parlamento como diputado nacional, ideando la reforma urbana de Valencia, colaborando en *La Nación*, escribiendo con inconcebible fecundidad la serie de sus novelas cálidas y sugerentes...

Sobre la banda de la Legión de Honor con que Francia pensadora ennobleció el pecho de este español insigne, parece campear, glorificada, la ruda sentencia deista: «Trabajo».

Si otros títulos no contara Blasco Ibáñez para merecer el afecto de este hidalgo y laborioso pueblo argentino, abierto á todas las actividades, bastaríale al novelista valenciano su amplia y recia labor cultural.

Porque ese hombre que se acerca, es, ante todo y sobre todo, un gran trabajador...

V. SERRANO CLAVERO.



Biblioteca  Valenciana



31000008219720

Biblioteca Valenciana



C.V.

28375